

Se ha reiterado hasta la saciedad que el warao constituye un aislado lingüístico, ya que todavía no se poseen datos suficientes que lo aproximen a otras familias que se hablan en el continente o fuera del mismo. Es fácil conseguir analogías con el caribe, el arawak o con el macro-chibcha; pero los puntos de semejanza son demasiado magros y genéricos —cuando no debidos a simples fenómenos de préstamo o probable coincidencia— como para atribuirles un valor diagnóstico serio. Por nuestro lado, preferimos no ahondar en este tema, que juzgamos contraproducente en el contexto de un volumen introductorio para personas no especializadas.

Esta lengua ocupa un espacio geográfico considerable, que se extiende por el territorio de tres países: Venezuela, Guyana y Suriname. En nuestro país, se habla principalmente en el estado Delta Amacuro, pero tiene también sus ramificaciones por las zonas más orientales de los estados Monagas y Sucre, cuya geomorfología coincide con el carácter húmedo y cenagoso de los caños del Delta del Orinoco, situados a la altura del nivel del mar. El número de sus hablantes puede llegar a unos 25.000 en Venezuela, a los que podrían sumarse 10.000 que habitan los países vecinos.

El carácter relativamente especializado de esta obra no nos permite explayarnos en las características socioculturales y otras de los warao ni de las demás etnias incluidas. Estamos conscientes de que aun un bosquejo sumario —y por ende insatis-

factorio— ocuparía tanto lugar, que fácilmente llegaría a desvirtuar la esencia misma de nuestra iniciativa. Por tal motivo, aprovechamos el presente espacio para recalcar la complejidad y el valor paradigmático de todas estas culturas, así como lo inapropiado de los estereotipos heredados, que pretenden caracterizarlas como primitivas, arcaicas, nómadas, y otros epítetos semejantes. Además, hemos insistido multitud de veces en que, si la única creación de cada pueblo indio fuese su idioma y su oralidad, aun así merecerían todo nuestro respeto y admiración.

Sólo en forma muy rápida acotamos que los warao poseen una cultura muy rica y coherente, basada en la utilización de la palma de moriche, que les suministra —o suministró hasta hace poco— una base alimentaria cuyo ingrediente principal es la fécula, y parte de los materiales necesarios para su artesanía de uso inmediato. Se destaca también la construcción de palafitos muy resistentes que conforman sus poblados, a veces bastante extensos. Hay una fuerte tendencia actual a considerar los pueblos palafíticos como parte integrante del patrimonio arquitectónico de la humanidad. Los rasgos destacados de esta cultura son muy numerosos y no admiten una caracterización apresurada: cacería y pesca, agricultura itinerante, una cestería finísima e impecable, música, bailes y juegos característicos, junto a una oralidad mítica y coloquial que, afortunadamente, se está investigando con creciente intensidad. También poseen una etnomedicina muy prolífica.

Es muy lamentable que este pueblo, merecedor de un destino más favorable, se haya convertido en víctima propiciatoria de una aculturación mal encaminada, en nombre de un supuesto progreso deshumanizado que pisotea el libre albedrío de los pueblos autóctonos. Enteramente autosuficientes, bastante robustos y saludables y hasta felices hace apenas medio siglo, hoy día deambulan muchos de ellos en las calles de Tucupita —capital regional—, desarraigados, famélicos y plagados de enfermedades endémicas y epidémicas. Tanto los dirigentes autogestionarios de la etnia como muchas personalidades y numerosos organismos criollos, han concebido planes bien fundamentados para revertir estas tendencias etnocidas, pero hasta la fecha ha habido más fracasos que éxitos en su instrumentación. Sólo la resistencia secular de los warao ha impedido su extinción y la declinación del número de sus integrantes.